

minotauro

URSULA K. LE GUIN

PLANETA
DE EXILIO



URSULA K. LE GUIN

PLANETA DE EXILIO

minotauro

Planeta de exilio

Planet of Exile

Copyright © 1966, 1994 by Ursula K. Le Guin.

Publicación de Editorial Planeta, S.A.,
Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona.

Copyright © 2022 Editorial Planeta, S.A., sobre la presente edición.
Reservados todos los derechos.

Traducción: © Rafael Marín

Publicado por acuerdo con International Editors Co' y Curtis Brown, Ltd.

ISBN: 978-84-450-1239-0

Depósito legal: B. 14.488-2022

Printed in EU / Impreso en UE.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Inscríbete en nuestra newsletter en: www.edicionesminotauro.com

Facebook/Instagram: @EdicionesMinotauro

Twitter: @minotaurolibros

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible.

1

UN MANOJO DE OSCURIDAD

En los días finales de la última fase lunar de otoño el viento soplaba desde las cordilleras del norte a través de los moribundos bosques de Askatevar, un viento frío que olía a humo y a nieve. Ligera y oculta como un animal salvaje en sus pieles livianas, Rolery se deslizaba por el bosque a través de la tormenta de hojas muertas, lejos de los muros que piedra sobre piedra se alzaban en la colina de Tevar y los abarrotados campos de la última cosecha. La muchacha iba sola y no la seguía nadie. Transitaba por un débil sendero que conducía al oeste, marcado y vuelto a marcar por surcos dejados por el paso de los patarraíces, obstruido en ocasiones por troncos caídos o enormes acumulaciones de hojas.

Donde el camino se bifurcaba, al pie del monte fronterizo, siguió sin desviarse, pero antes de dar otros diez pasos se volvió rápidamente hacia un sonido rítmico que se acercaba por detrás.

Un mensajero llegó corriendo desde el norte, los pies descalzos batiendo en la superficie de hojas,

la larga cuerda que ataba su pelo ondeando tras él. Llegó del norte a paso firme, resonante, agitado, y no se dignó a mirar a Rolery entre los árboles, sino que pasó de largo y desapareció. El viento lo impulsaba hacia Tevar con sus noticias: tormentas, desastres, invierno, guerra... Sin sentir ninguna curiosidad, Rolery dio media vuelta y continuó su evasivo rumbo, que subía zigzagueando entre los grandes troncos muertos hasta que por fin en la cumbre vio el cielo abrirse ante ella, y debajo del cielo, el mar.

Habían despejado el bosque muerto de la cara oeste de la montaña. Sentada al socaire de un enorme tocón, Rolery pudo contemplar el remoto y radiante oeste, las interminables extensiones grises de la marisma y, un poco por debajo y a su derecha, amurallada y con tejados rojos en los acantilados marinos, la ciudad de los nacidos lejos.

Altas casas de piedra de colores brillantes se acumulaban ventana bajo ventana y tejado bajo tejado hasta el borde del precipicio. Ante las murallas y bajo los acantilados al sur de la ciudad había kilómetros de prados y tierras de pasto, todos entre acequias y formando terrazas, ordenados como alfombras de cuadros. Desde la muralla de la ciudad al borde del acantilado, por encima de las dos acequias y dunas, y justo en la playa y las húmedas arenas, durante un kilómetro, sobre inmensos arcos de piedra, se extendía una calzada elevada que enlazaba la ciudad con una extraña isla negra que se alzaba entre las arenas. Una columna que destacaba, negra y sombría, sobre la superficie plana, lisa y brillante de arena; era una roca oscura, tenaz, cuya cima se arqueaba y alzaba en

forma de torre, una talla más fantástica de lo que el viento o la lluvia podían esculpir. ¿Era una casa?, ¿una estatua?, ¿un fuerte?, ¿un monumento funerario? ¿Qué negra habilidad había ahuecado y construido ese increíble puente, en los tiempos pretéritos en que los nacidos lejos eran poderosos y libraban guerras? Rolery nunca había prestado mucha atención a las vagas historias de brujería que acompañaban a las menciones de los nacidos lejos, pero al contemplar ahora aquel negro lugar sobre las arenas veía que era extraño; era lo primero verdaderamente extraño que había visto jamás: lo habían construido en un tiempo pasado, que no tenía nada que ver con ella, unas manos que no eran de su carne y de su sangre, lo habían imaginado unas mentes extrañas. Era siniestro, y eso la atraía. Fascinada, vio una figura diminuta que caminaba por aquella alta calzada, empequeñecida por su longitud y su altura, un puntito o un golpe de oscuridad que surgían de la negra torre entre las brillantes arenas.

Aquí el viento era menos frío; la luz del sol brillaba a través del manto de nubes en el vasto oeste, dorando las calles y tejados. La ciudad la atraía con su extrañeza, y sin detenerse a hacer acopio de valor o de decisión, intrépida, Rolery bajó rápidamente la colina y entró por las altas puertas.

Una vez dentro, caminó tan tranquila como siempre, con premeditado descuido, pero eso era debido principalmente al orgullo: su corazón latía con fuerza mientras seguía las piedras grises, perfectamente planas, de la extraña calle. Miraba de izquierda a derecha y de arriba abajo, presurosa, las

altas casas construidas por todo el terreno, con sus aguzados tejados y sus ventanas de piedra transparente (¡así que esa historia era verdad!), y los estrechos patios delante de algunas casas, donde brillantes kellem y enredaderas de hadun, escarlatas y anaranjadas, escalaban por las paredes pintadas de azul o de verde, vívidas entre todo el gris y el pardo del paisaje otoñal. Cerca de la puerta oriental había muchas casas vacías, el color descascarillado de la piedra, las brillantes ventanas desaparecidas. Pero más allá las calles y casas estaban habitadas, y empezó a pasar ante nacidos lejos en la calle.

La miraron. Había oído que los nacidos lejos miraban directamente a los ojos, pero no quiso comprobar la historia. Al menos ninguno la detuvo; sus ropas no eran distintas a las de ellos, y algunos, según vio en sus rápidas miradas fluctuantes, no tenían la piel mucho más oscura que los hombres. Pero en los rostros que no miró sintió la oscuridad sobrenatural de los ojos.

La calle por la que caminaba terminó de repente en una amplia plaza, espaciosa y recta, toda vetada de oro y sombras producto del sol poniente. Cuatro casas la rodeaban, casas del tamaño de colinas pequeñas, con fachadas de grandes filas de arcos y sobre ellas las piedras grises y transparentes. Solo cuatro calles desembocaban en aquella plaza, y cada una podía ser cerrada por una puerta que surgía de las paredes de las cuatro grandes casas, así que la plaza era como un fuerte dentro de un fuerte o una ciudad dentro de una ciudad. Un edificio destacaba en el aire y se alzaba allí como una torre, brillante de luz.

Era un lugar poderoso, pero casi vacío de gente.

En un rincón de la plaza, grande en sí mismo como un prado, jugaban unos cuantos niños nacidos lejos. Dos jóvenes libraban un feroz y habilidoso combate de lucha, y un puñado de chicos más jóvenes con ropas y gorros acolchados practicaban con igual fiereza golpes y tajos con espadas de madera. Era maravilloso contemplar a los luchadores tejer una lenta y peligrosa danza alrededor del contrario, y luego abalanzarse con diestra y súbita gracia. Junto con un par de nacidos lejos, altos y silenciosos dentro de sus pieles, Rolery continuó mirando. Cuando de repente el luchador más grande salió volando por los aires para aterrizar de plano sobre su moreno trasero, ella dejó escapar un jadeo que coincidió con el suyo, y entonces se echó a reír, llena de sorpresa y admiración.

—¡Buena maniobra, Jonkendy! —gritó un nacido lejos que estaba junto a ella, y al otro lado del ruedo una mujer aplaudió. Ajenos, absortos, los chicos más jóvenes siguieron luchando, atacando, golpeando y esquivando.

Rolery no sabía que los brujos engendraban guerreros, ni que valoraban la fuerza y la habilidad. Aunque había oído hablar de sus combates, siempre los había imaginado vagamente como negras arañas jorobadas en una oscura madriguera sobre una rueda de alfarero, fabricando las delicadas piezas de cerámica y piedra clara que luego llegaban a los campamentos de los hombres. Y había historias, rumores y fragmentos de cuentos: se decía de un cazador que era «afortunado como un nacido lejos»; a cierto tipo de tierra se la llamaba «veta de brujos» porque los

brujos la apreciaban y comerciaban para conseguirla. Pero todo lo que sabía eran retazos. Desde mucho antes de que ella naciera, los hombres de Askatevar habían cruzado las tierras al noreste de su territorio. Nunca había visto cargar las cosechas en los almacenes situados bajo el monte Tevar, cuando todos los hombres de la cordillera de Askatevar venían con sus rebaños y familias a construir la ciudad de invierno sobre sus graneros enterrados. No sabía nada, realmente, de esa extraña raza, y cuando advirtió que el luchador que había ganado, el esbelto joven llamado Jonkendy, la estaba mirando a la cara, volvió la cabeza y se retiró, llena de miedo y repulsión.

Él se le acercó, su negro cuerpo desnudo brillando de sudor.

—Vienes de Tevar, ¿no? —preguntó en lengua humana, pero pronunciando mal la mitad de las palabras. Feliz con su victoria, sacudiéndose la arena de sus esbeltos brazos, le sonrió.

—Sí.

—¿Qué podemos hacer por ti aquí? ¿Hay algo que quieras?

Rolery no podía mirarlo tan de cerca, naturalmente, pero su tono era a la vez amistoso y burlón. Tenía una voz juvenil; le pareció que seguramente era más joven que ella. No estaba dispuesta a ser blanco de sus burlas.

—Sí —dijo fríamente—. Quiero ver esa roca negra de las arenas.

—Adelante. La calzada está abierta.

Parecía que intentaba mirarla a la cara, que ella mantenía baja. Rolery se dio media vuelta.

—Si alguien te detiene, diles que te envió Jonkenny Li —dijo él—, ¿o quieres que te acompañe?

Ella no quería ni siquiera responder a sus palabras. Con la cabeza alta y mirando al suelo se encaminó hacia la calle que conducía desde la plaza a la calzada elevada. Ninguno de aquellos sonrientes falsos hombres se atrevería a pensar que tenía miedo...

Nadie la siguió. Nadie pareció reparar en ella al pasar por su lado en la calleja. Llegó a las grandes columnas de la calzada, miró hacia atrás, miró hacia delante y se detuvo.

El puente era inmenso, un camino para gigantes. Desde lo alto del risco había parecido frágil: campos, dunas y arenas con el ritmo de luz de sus arcos; pero aquí vio que era lo bastante ancho para que veinte hombres pudieran pasar hombro con hombro, y conducía directamente a las ominosas puertas negras de la torre-roca. Ninguna barandilla protegía la gran calzada de las ráfagas de viento. La idea de recorrerla caminando era simplemente un error. No podía hacerlo, no era un camino para que lo recorrieran unos pies humanos.

Una calle lateral la condujo a una puerta en la muralla que daba al oeste. Pasó de largo ante corrales y establos y salió por la puerta; su intención era rodear las murallas y volverse a casa.

Pero aquí, donde los acantilados eran más bajos, con muchas escaleras talladas en ellos, los campos se extendían pacíficos y cuadrados bajo la tarde amarilla, y justo al otro lado de las dunas se hallaba la ancha playa, donde tal vez podría encontrar las largas flores marinas verdes perdidas que las mujeres de

Askatevar llevaban en el pecho y, los días de fiesta, en guirnaldas en el pelo. Captó el extraño olor del mar. Nunca había caminado por una playa en su vida. El sol no se había puesto todavía. Bajó una escalera del acantilado y atravesó los campos, dejando atrás diques y dunas, y corrió por fin por las llanas y brillantes arenas que se extendían hasta perderse de vista al norte, al oeste y al sur.

El viento soplaba, el débil sol brillaba. Muy por delante, al oeste, oyó un sonido incesante, una voz inmensa y remota murmurando, arrulladora. La arena se extendía bajo sus pies, firme, llana, infinita. Corrió por la pura alegría de correr, se detuvo y contempló con una carcajada de alegría los arcos de la calzada extendiéndose solemnes y enormes junto a la diminuta línea temblorosa de sus huellas, echó a correr de nuevo y se detuvo otra vez para recoger conchas plateadas que yacían medio enterradas en la arena. Brillante como un puñado de guijarros de colores, la ciudad de los nacidos lejos se encaramaba en lo alto del acantilado a su espalda. Antes de cansarse del viento salino y el espacio y la soledad, casi había llegado a la torre-roca, que ahora se alzaba densa y negra entre ella y el sol.

El frío acechaba en aquella larga sombra. Rolery se estremeció y echó a correr de nuevo para alejarse de la sombra, manteniéndose apartada de la gran masa de roca. Quería ver a qué distancia estaba el sol sobre el horizonte, cuánto debía correr para ver las primeras olas del mar.

Débil y grave, el viento le llevó una voz que decía algo, llamando de manera tan extraña y urgente

que se detuvo y se volvió para mirar con temor la gran isla negra que brotaba de la arena. ¿La llamaba aquel sitio de brujos?

En la calzada sin barandilla, por encima de uno de los embarcaderos que se extendían hasta la isla de roca, alta y lejana, se alzaba una figura negra.

Ella se dio media vuelta y echó a correr, luego se detuvo y regresó. El espanto se apoderó de ella. Quiso correr y no pudo hacerlo. El terror la dominaba y no podía mover ni una mano ni un pie y permaneció allí temblando, los oídos resonando. El brujo de la torre negra tejía su hechizo arácnido a su alrededor. Extendiendo los brazos repitió de nuevo las penetrantes y urgentes palabras que ella no comprendía, débiles con el viento como la llamada de un ave marina: «¡Staak, staak!». El rugido en sus oídos creció y Rolery se desplomó en la arena.

Entonces, de súbito, una voz clara y tranquila dijo en su cabeza:

—Corre. Levántate y corre. A la isla ahora, rápido.

Y antes de que se diera cuenta, se había puesto en pie y estaba corriendo. La tranquila voz habló de nuevo para guiarla. Sin ver, jadeando en busca de aire, llegó a las negras escaleras talladas en la roca y empezó a subirlas. En un recodo, una negra figura corrió para darle encuentro. Ella extendió la mano y se sintió medio conducida, medio arrastrada hacia otra escalera, y luego la soltaron. Cayó contra la pared, pues las piernas no la sostenían. La figura negra la agarró, la ayudó a incorporarse y dijo en voz alta, con la voz que había hablado dentro de su cráneo:

—Mira, ahí viene.

Las olas chocaron y bulleron bajo ellos con un rugido que hizo estremecerse la sólida roca. Las aguas separadas por la isla se unieron blancas y ensordecedoras, siguieron su avance, sisearon, espumearon y chocaron con la larga ladera que descendía hasta las dunas, para remansarse en medio de las brillantes olas.

Rolery se aferraba a la pared, temblando. No podía dejar de hacerlo.

—Las olas llegan un poco más rápido de lo que un hombre puede correr —dijo la tranquila voz tras ella—. Y cuando lo hacen, hay unos seis metros de profundidad alrededor de la Columna. Ven, sube por aquí... Por eso vivíamos aquí antiguamente. La mitad del tiempo es una isla. La usábamos para atraer al ejército enemigo antes de que subiera la marea, si era gente que no entendía mucho de mareas... ¿Te encuentras bien?

Rolery se encogió levemente de hombros. Él no pareció comprender el gesto, así que dijo:

—Sí.

Podía comprender su forma de hablar, pero el hombre usaba un montón de palabras que no había oído nunca y pronunciaba mal la mayor parte de las demás.

—¿Vienes de Tevar?

Ella volvió a encogerse de hombros. Se sentía mareada y tenía ganas de llorar, pero no lo hizo. Tras subir el siguiente tramo de escaleras talladas en la negra roca, se echó atrás el pelo y desde su refugio miró de reojo durante una décima de segundo la cara del nacido lejos. Era fuerte, dura, y oscura,

con ojos brillantes y adustos, los ojos oscuros de los extraños.

—¿Qué hacías en la playa? ¿No te advirtió nadie de la marea?

—No sabía nada —susurró ella.

—Tus ancianos lo saben. O lo sabían la última primavera, cuando tu tribu vivía en esta costa. Los hombres tienen muy mala memoria.

Lo que dijo era duro, pero su voz era siempre tranquila y sin brusquedad.

—Ven por aquí ahora. No te preocupes: todo esto está vacío. Ha pasado mucho tiempo desde que uno de los tuyos puso el pie en la Columna...

Habían entrado a un túnel por una puerta oscura que los había conducido a una habitación que a Rolery le pareció grande hasta que entraron en la siguiente. Atravesaron puertas y patios abiertos al cielo, siguieron galerías con arcos que se extendían a lo lejos por encima del mar, cruzaron habitaciones y salones abovedados, todos silenciosos, vacíos, lugares donde habitaba el viento marino. El mar mecía su arrugada plata muy por debajo ahora. Rolery se sintió mareada, insignificante.

—¿No vive nadie, aquí? —preguntó con voz trémula.

—Ahora no.

—¿Es vuestra ciudad de invierno?

—No, pasamos el invierno en la ciudad. Esto se construyó para que sirviera de fuerte. Teníamos un montón de enemigos, en los viejos tiempos... ¿Por qué estabas en la playa?

—Quería ver...

—¿Ver qué?

—Las arenas. El océano. Estuve antes en tu ciudad, quería ver...

—¡Muy bien! No tiene nada de malo.

La condujo por una galería tan alta que se sintió mareada. Las aves marinas volaban a través de los altos arcos puntiagudos. Tras recorrer un largo y estrecho pasillo llegaron a un portalón y cruzaron un puente de metal de espada sobre la calzada.

Caminaron entre la torre y la ciudad, entre el cielo y el mar, en silencio, con el viento empujándolos siempre hacia la derecha. Rolery tenía frío, y la inquietaban la altura y la extrañeza del paseo, la presencia del oscuro falso hombre a su lado, caminando a su lado pasito a paso.

Cuando entraron en la ciudad, él dijo brusca-mente:

—No te volveré a hablar mentalmente. Tuve que hacerlo antes.

—Cuando dijiste que corriera... —empezó a decir ella, pero vaciló, sin saber qué decir a continuación, ni lo que había sucedido en la playa.

—Creí que eras uno de nosotros —dijo él, como enfadado, y entonces se controló—. No podía quedarme allí viendo cómo te ahogabas. Aunque te lo merecieras. Pero no te preocupes. No lo volveré a #hacer, y eso no me dio ningún poder sobre ti. No importa lo que tus ancianos puedan contarte. Así que vete, eres libre como el aire y tan ignorante como siempre.

Su rudeza era real y asustó a Rolery. Irritada con su temor, preguntó, temblorosa pero con descaro:

—¿También soy libre para regresar?

El nacido lejos la miró. Ella fue consciente, aunque no podía mirarlo a la cara, de que su expresión había cambiado.

—Sí. Lo eres. ¿Puedo saber tu nombre, hija de Askatevar?

—Rolery, de la familia de Wold.

—¿Wold es tu abuelo? ¿Tu padre? ¿Sigue vivo?

—Wold cierra el círculo en el batir de piedras —dijo ella, altiva, tratando de hacerse valer contra su aire de absoluta autoridad. ¿Cómo podía un nacido lejos, un falso hombre sin familia ni ley, ser tan severo y señorial?

—Dale saludos de parte de Jakob Agat Alterra. Dile que iré a Tevar mañana para hablar con él. Adiós, Rolery.

Y extendió la mano en el saludo de los iguales, de modo que ella sin pensarlo hizo lo mismo y colocó su palma abierta contra la suya.

Entonces se dio media vuelta y corrió por las empinadas calles y peldaños, echándose la capucha de piel sobre la cabeza y esquivando a los pocos nacidos lejos que encontró en su camino. ¿Por qué miraban así a la cara, como cadáveres o peces? Los animales de sangre caliente y los seres humanos no miraban de aquella forma a los ojos de los demás.

Salió por la puerta de tierra sintiéndose enormemente aliviada, y avanzó rápidamente por el risco bajo los últimos rayos rojizos del sol, atravesó los bosques moribundos y siguió el camino que conducía a Tevar. A medida que el crepúsculo se fundía con la oscuridad, vio al otro lado de los matorrales

estrellas de hogueras de las tiendas que rodeaban la ciudad de invierno de la colina, todavía sin terminar. Se apresuró para regresar cuanto antes al calor, la cena y la humanidad. Pero incluso en la gran tienda de las hermanas de su familia, arrodillada junto al fuego y atiborrándose de guiso entre las mujeres y los niños, siguió sintiendo aquella extrañeza en su mente. Al cerrar la mano derecha le pareció sujetar contra su palma un manojo de oscuridad, donde él la había tocado.